

EL DERECHO DE DIOS DE EXIGIR LA OBEDIENCIA

EL LAMENTABLE FRACASO DE ADÁN Y EVA

Cuando Dios creó al hombre, le prometió la vida eterna bajo una condición: la obediencia (Gén 2:16,17). La desobediencia le acarrearía una consecuencia terrible: la muerte. Fueron entonces sometidos a una prueba simple, que para ellos no debía constituir ningún sacrificio: no comer de un árbol del huerto, de uno solo, teniendo todos los otros árboles a su disposición, sin restricción ninguna. Realmente Dios no pudo haber exigido una prueba más sencilla. Adán y Eva no tuvieron excusa por haber pecado. Podrían haber obedecido, podrían haber superado la prueba sin mucha dificultad, y el pecado y la muerte jamás hubiesen entrado en esta tierra, hoy más maldita que nunca por causa de la desobediencia.

Pero ellos cayeron, y Dios en su misericordia no los abandonó, sino que les dio otra oportunidad. Si bien tendrían que morir un día, se les daría toda la vida como prueba de lealtad, para que mediante una vida de arrepentimiento, fe y obediencia, pudiesen prepararse para volver al plan original de Dios, y disfrutar de la vida eterna. Estaba claro para ellos que el Señor seguía pidiendo lo mismo que siempre pidió de ellos: la obediencia. Sólo que ahora sería mucho más difícil, por causa de su condición caída y de su necesidad constante de la gracia divina, que necesitarían recibir por medio de la fe, fe en el poder de Dios para guardarlos sin caer, y para otorgarles el perdón, por la fe en la sangre de un Redentor que habría de venir.

LA ELECCIÓN DE NOÉ Y EL DILUVIO

Pasó el tiempo, y el Señor siguió requiriendo lo mismo de todas las generaciones que después vinieron. Cuando el mundo entero se corrompió antes del diluvio, decidió destruir a todos los pecadores, dejando sobre la tierra solamente a los poquísimos que le fueran obedientes, en aquel momento, solamente ocho personas, una familia, y nadie más. . .

LA ELECCIÓN DE ABRAHAM Y LA FORMACIÓN DE ISRAEL.

Después eligió al fiel Abraham para que fuese su representante en la tierra, y para que de él fuese formado el pueblo de Israel, encargado de dar a conocer al mundo entero el carácter y las obras de Dios. Y escogió a Abraham no por algún talento especial que él tuviese, sino porque era obediente a todos los mandamientos del Señor (Gén 26:5), y además porque era fiel en enseñar la obediencia a Dios a toda su casa (Gén 18:19).

Así nació la nación de Israel, la cual debía mostrar a todo el mundo los grandes beneficios que resultan de la obediencia a los mandamientos y leyes del Señor. Para que no errasen, les fueron dados muchos consejos a través de Moisés y de todos los profetas, y además los reprendió muchas veces por su desobediencia. El Señor nunca toleró el pecado en su pueblo, sino que exigió una y otra vez, con mucha persistencia y amor, que su pueblo se arrepintiera y obedeciera todos sus sagrados mandamientos. Y cuando las palabras no eran suficientes, lo cual lamentablemente aconteció a menudo, entonces el Señor recurría al

castigo. Un recurso al cual Él hubiese preferido no tener que utilizar nunca, pero que el mismo pueblo desobediente le obligó a aplicar. Por amor, Dios tuvo que castigar.

Cuanto mayor la rebelión y la apostasía, tanto mayor era el castigo aplicado, con el único fin misericordioso de rescatarlo, de llevarlo al arrepentimiento y de vuelta a la obediencia a los mandamientos de Dios, que son de vida para vida. Por lo general, el castigo consistía en entregarlos en manos de sus enemigos, (como, por ejemplo, ocurrió repetidas veces en los días de los jueces), para que ellos comprendiesen lo grave que significa el apartarse de Dios, ya que siempre que lo hicieran, podrían comprender la gran verdad de que siempre que nos entregamos al pecado, separándonos de Dios, somos tomados cautivos por el enemigo de las almas: Satanás.

LA FE QUE SIEMPRE TUVIERON A DISPOSICIÓN.

Siempre estaba claro, para los fieles obedientes, que era la fe lo único que los capacitaba para la obediencia. Abel obedeció por la fe, así como Enoc y Noé (Hebreos 11: 4 – 7). El mismo Abraham obedeció y fue salvo sólo por la fe (Hebreos 11: 8 – 10, Romanos 4), así como todos los fieles de la antigüedad, como claramente lo declara el apóstol Pablo en su maravilloso capítulo 11 de Hebreos. Y el mismo Habacuc declara explícitamente que “el justo vivirá por la fe” (Hab 2:4).

Sí, la fe era el elemento que hacía posible la obediencia, Israel lo podía saber muy bien, y todos los que escogieron obedecer a Dios, tuvieron a su disposición toda la fe que necesitaban para vencer. Así que el Señor no pidió jamás de su pueblo algo que estuviera fuera de su alcance. Por lo tanto, tenía pleno derecho a exigir la obediencia, y a reprenderlos y castigarlos cuando se rebelasen contra sus mandamientos.

A lo largo de todo el Antiguo Testamento, el trato de Dios con su pueblo puede resumirse en las palabras de Cristo a la iglesia de Laodicea: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo” (Apoc 3: 19). Reprensiones mediante los profetas, y castigos de diferentes maneras, mayormente entregándolos a sus enemigos, quienes los hacían sufrir mucho, hasta que ellos se arrepentían y clamaban a Dios por liberación.

LA PACIENCIA Y LA INSISTENCIA DE UN DIOS MISERICORDIOSO.

Esta actitud del Señor, de insistir una y otra vez exigiendo la obediencia de su pueblo mediante reprensiones y castigos, nos muestra su amor de manera inconfundible. Prueba todos los métodos lícitos posibles, porque no quiere abandonar a su pueblo al pecado, porque Él sabe muy bien que lo único que le espera es la destrucción definitiva. A lo largo de los siglos el pueblo de Israel con sus reincidentes apostasías, decía siempre “No queremos que éste reine sobre nosotros” (Lucas 19:14). Pero Dios en su infinita paciencia y amor les respondía según este principio que el profeta Ezequiel describe así:

32 Y no ha de ser lo que habéis pensado. Porque vosotros decís: Seamos como las naciones, como las demás familias de la tierra, que sirven al palo y a la piedra.

33 Vivo yo, dice Jehová el Señor, que con mano fuerte y brazo extendido, y enojo derramado, ***he de reinar sobre vosotros;***

34 y os sacaré de entre los pueblos, y os reuniré de las tierras en que estáis esparcidos, con mano fuerte y brazo extendido, y enojo derramado;
35 y os traeré al desierto de los pueblos, y allí litigaré con vosotros cara a cara.
36 Como litigué con vuestros padres en el desierto de la tierra de Egipto, así litigaré con vosotros, dice Jehová el Señor.
37 Os haré pasar bajo la vara, y os haré entrar en los vínculos del pacto;
38 y apartaré de entre vosotros a los rebeldes, y a los que se rebelaron contra mí; de la tierra de sus peregrinaciones los sacaré, mas a la tierra de Israel no entrarán; y sabréis que yo soy Jehová. (Ezequiel 20: 32-38).

Aquí también vemos claramente, que mediante el castigo Dios alcanzaría su propósito, de tener un pueblo fiel y obediente. Lógicamente que no todos se arrepentirían, pero al menos un remanente fiel siempre quedaría, y los otros serían desechados, aquellos que tercamente rechazan todas las operaciones del Señor por salvarlos.

Dios siempre tuvo todo el derecho en exigir la obediencia de su pueblo y de todo el mundo, por un simple hecho: Él es el Creador. Él es el Padre, Él sabe lo que es bueno, es sabio, no se equivoca, y ama profundamente a todas sus criaturas. Por eso tiene derecho a exigir la obediencia, y lo hará siempre, una y otra vez, hasta el mismo fin de la historia humana.

LA MENTIRA Y LA ACUSACIÓN DE SATANÁS.

Pero el enemigo de las almas presentó una acusación contra el Señor, tratando de quitarle el derecho de exigir la obediencia al hombre caído. Dice Satanás que el ser humano, en su condición mortal y pecaminosa, simplemente no puede obedecer perfectamente a todos los mandamientos de Dios, y por lo tanto Dios no puede pedirle algo que el hombre no está en condiciones de cumplir. Porque Dios no pide cualquier obediencia, Él pide una obediencia total y perfecta, Él exige la perfección, y el ser humano tiene la obligación de aspirar a esa perfección (Mateo 5:48), y vivir toda la vida esforzándose en la gracia de Dios por alcanzar la perfección, no conformándose nunca con menos de eso (2ª Tim 2: 1), por amor a Aquel que lo rescató mediante su infinito sacrificio.

Así las cosas, si el enemigo pudiese probar que el hombre está definitivamente imposibilitado de alcanzar la obediencia perfecta, mostraría así que Dios no tiene derecho a exigir la obediencia total, y ganaría la controversia de más de seis mil años entre él y Dios.

Pero el Señor demostró que la obediencia perfecta es posible para el hombre caído. Lo hizo enviando a su Hijo Jesucristo al mundo, para vivir una vida de perfecta obediencia por la fe, en la mismísima naturaleza que cada uno de nosotros tenemos. “Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.” (Romanos 8: 3, 4). Así quedó reivindicado el derecho de Dios de exigir la obediencia del hombre. El pecado está condenado en la carne, esto es, que cada vez que pecamos, lo cual, lógicamente, hacemos a través de nuestro cuerpo de carne, estamos

haciendo algo totalmente injustificado, algo condenado por el ejemplo perfecto de Jesús, algo por lo cual no tenemos absolutamente ninguna excusa, y debíamos arrepentirnos, pedir humildemente perdón y reconocer nuestra culpa inexcusable, aceptando el perdón que tan misericordiosamente se nos ofrece gracias a la sangre de Cristo.

No debíamos inventar excusas para justificarnos, como lo hicieron Adán y Eva (Gén 3:12, 13), sino reconocer nuestra absoluta responsabilidad por haber pecado, por haber escogido la desobediencia.

Antes de enviar a su Hijo al mundo, el derecho de Dios de exigir la obediencia estaba basado en el hecho de que Él es el Creador. Ahora se suma otro punto más: Dios es también el Redentor. Así, el Señor tiene doble derecho para exigir la obediencia del hombre: porque es su Creador y también su Redentor.

UNA NUEVA MENTIRA DE SATANÁS.

Pero el enemigo de las almas, que siempre rechaza la verdad, inventó otra mentira para ver si así consigue engañar a los hombres para que no decidan obedecer a Dios. Ahora que Cristo vino en nuestra carne, y demostró que el hombre sí puede obedecer a Dios en todos sus mandamientos, él pasó a decir que en realidad Cristo no era igual a nosotros en carne, hueso y nervios como los nuestros, que era solamente parecido, pero que no tenía las debilidades y flaquezas propias del hombre caído, y fue por eso que él pudo obedecer la ley de Dios a la perfección. En ese caso, sigue diciendo Satanás, Cristo no puede ser para nosotros un ejemplo a seguir, porque nosotros jamás lo podremos alcanzar, ya que él era el perfecto hijo de Dios, y nosotros simples pecadores llenos de tendencias hacia el mal que nos hacen imposible la obediencia perfecta, tendencias que Cristo no poseía. Dios, entonces, no puede exigir de los seres humanos una obediencia perfecta, como la de Cristo. Este es el gran engaño y astuto planteo del diablo.

Pero observemos que si Cristo no poseyó la mismísima naturaleza del hombre común, entonces todos los que lo vieron cuando anduvo aquí, fueron engañados, porque solamente veían a un hombre común. ¡De manera que entonces encontraríamos que el Señor envió a su Hijo al mundo para engañarnos a todos!

Qué astuto es el diablo, cómo él sabe adaptar sus engaños al tipo de personas que enfrenta. Engañó a los judíos con la mentira de que Jesús era solamente un ser humano común, y no el divino Hijo de Dios, y ha engañado a esta generación de profesos cristianos con el engaño opuesto, de que Jesús sí era el Hijo de Dios, pero no un ser totalmente humano como nosotros, y por eso no necesita ni puede ser imitado por nadie.

La verdad, la gloriosa verdad, es que Jesús era al mismo tiempo totalmente hombre y totalmente Dios, sin perder ninguna de sus atribuciones (ver, p. ej., Fil 2: 5 – 11, 1ª Tim 2: 15, 1ª Juan 4: 2, 3; Romanos 9: 5, etc.)

Las implicaciones de esta engañosa teoría son muy graves. Porque entonces todo el Antiguo Testamento, que relata la historia del trato de Dios con su pueblo, siempre exigiendo la obediencia mediante reprensiones y castigos, es una historia injusta, ya que si fuera así, Dios siempre pidió lo que al hombre le es imposible hacer. Dios mismo queda acusado de

injusto, porque pide algo que ni siquiera él mismo pudo hacer, ya que si Cristo fue enviado con una naturaleza diferente de la nuestra, entonces Dios hizo trampa, porque no se puso exactamente en nuestra posición, no sabe lo que realmente sentimos, y no tiene derecho a exigirnos la obediencia total, ya que en ese caso no podríamos tener a Jesús como ejemplo a seguir, ya que sería un ejemplo imposible de imitar.

Toda la Biblia pasaría a ser entonces un libro falso y engañoso, porque exige del hombre lo que éste jamás podría ofrecer.

Si Cristo no vivió en esta vida con nuestra misma naturaleza caída y pecaminosa, entonces no peleó contra el pecado de la misma manera que lo tenemos que hacer todos nosotros, y no podría entonces comprendernos, ni ayudarnos, ni exigirnos lo que él mismo no hizo. Jesús entonces bien podría compararse a un automovilista que en una carrera de competición utiliza un auto con un motor de mayor potencia que la permitida para la categoría, o a un corredor de bicicletas que se droga para rendir más y así ganar con trampa.

Los cristianos profesos de hoy ya no miran a Jesús como un Modelo a ser imitado mediante esfuerzo y sacrificio por la gracia de Dios, sino que lo consideran algo así como un superdotado, un extraterrestre, alguien muy diferente de nosotros, a quien podemos admirar, pero nunca copiar, porque simplemente está fuera de nuestro alcance.

Para el corazón carnal y rebelde, esta teoría le resulta muy agradable, porque lo libra del desagradable esfuerzo por buscar la santificación completa, y lo adormece en la tibieza laodicense del conformismo ciego.

Este engaño le cae perfecto al espíritu de este siglo, lleno de autocomplacencia egoísta y amor al placer y a la comodidad, que rechaza la abnegación, el sacrificio y el amor desinteresado, y vive en la indolencia, la pereza, el conformismo, y siempre busca el camino más fácil ante cualquier circunstancia, no importa si hay que transgredir algún principio.

Todos aquellos que crean en esta gran mentira, nunca alcanzarán la verdadera santificación, serán siempre tibios, descansando en sus pecados, sin hacer ningún esfuerzo en la gracia de Dios por vencer sus defectos. Llevarán una vida cristiana devocionalmente floja, superficial, porque no sienten necesidad de buscar a Dios de todo corazón para vencer cada día a todas las tentaciones, abiertas y sutiles que el enemigo nos hace. Por eso la denuncia del Testigo Fiel y Verdadero es precisamente ésta: el profeso pueblo de Dios de este tiempo es tibio, lo que constituye la peor reprensión que el Señor da a los cristianos de cualquier época de toda la historia de la iglesia de Cristo desde hace dos mil años, ya que en los mensajes dados a las siete iglesias de Apoc 2 y 3, ninguno es más doloroso que el mensaje a Laodicea:

14 Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto:

15 Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente!

16 Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.

17 Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.

18 Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas.

19 Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete.

20 He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.

21 Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.

22 El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Apoc 3: 14- 22.

LA GRAN MENTIRA ACEPTADA POR TODAS LAS IGLESIAS ORGANIZADAS.

La grandiosa verdad de que Dios envió a su Hijo Jesucristo en nuestra carne humana pecaminosa y débil, para vencer el pecado en nuestra carne y así condenarlo, es odiada por Satanás, porque le da al hombre el poder para vencer el pecado y le abre las puertas del cielo. Por eso ya en los días de los apóstoles ya surgieron engañadores negando que Cristo había venido en nuestra carne. Esta gente engañadora no podía negar que el Hijo de Dios había venido este mundo, los testimonios eran abundantes y los maravillosos milagros hechos en su nombre continuaban testificándolo. Ellos entonces decían que Cristo no era de carne y sangre como la nuestra, sino que solamente *parecía serlo*. Tenía sólo una apariencia de hombre, pero no era realmente un hombre como nosotros. No, eso no es posible, afirmaban. El apóstol Juan los enfrentó de manera enérgica y los denunció como engañadores dirigidos por el diablo:

1 AMADOS, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo.

2 En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios;

3 y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo. 1ª Juan 4: 1-3.

En carne.

“Algunos de los que negaban la humanidad de Cristo aseguraban que el Verbo se había unido con Jesús hombre en el bautismo, y lo había dejado antes de la crucifixión. Esto Juan lo refuta como herejía.

“En cada etapa de la historia del mundo ha habido una verdad presente que debe destacarse; pero esa verdad no ha sido la misma en todo momento. Los judíos que se convertían después de Pentecostés, para hacerse cristianos necesitaban aceptar a Jesús como el Mesías esperado, pues lo esencial era que reconocieran la divinidad de Cristo. Pocos años después los gnósticos comenzaron a negar, no la divinidad sino la humanidad del Salvador. Creían que los dioses se manifestaban a los hombres de diversas maneras, pero negaban que

el "Verbo fue hecho carne" (ver pp. 643-644). Por eso el énfasis de Juan en la encarnación tenía un significado peculiar para los días en que él vivió.

“Pero la verdad que él enuncia necesita siempre recibir énfasis, y en nuestros días más que nunca. El hecho de que el Hijo de Dios se hizo hombre para salvar a los seres humanos debe ser enseñado claramente en estos tiempos porque los hombres tratan, más que nunca, de eliminar lo milagroso con explicaciones racionales (ver com. Mat. 1: 23; Luc. 1: 35). Necesitamos tener en cuenta personalmente la encarnación, recordarnos a nosotros mismos que el Dios que hizo posible ese milagro bien puede hacer cualquier milagro que sea necesario para nuestra salvación. Nuestra aceptación de sus planes y nuestro sometimiento a su conducción pueden ser el reconocimiento de nuestra creencia de que "Jesucristo ha venido en carne". Un testimonio tal no se puede dar sin la ayuda divina porque "nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo" (1 Cor. 12: 3). 7 CBA, pp. 678-679.

¿QUÉ HARÁ AHORA EL SEÑOR PARA SANAR A SU PUEBLO?

Pues exactamente lo mismo que hizo en lo pasado, y que lo dice con toda claridad en el mensaje a Laodicea: Reprender y castigar. Envié a un profeta, a la Sra. de White, con muchísimos mensajes de reprensión, los cuales los podemos aún hoy leer en sus muchos libros disponibles. Pero el profeso moderno Israel despreció, en general, todas esas reprensiones, y hoy parece despreciarlas más que nunca. Entonces el Señor, que como ya vimos, en su gran amor nunca renunciará a su propósito, esto es, de reinar sobre su pueblo, procederá a cumplir exactamente lo que dijo que hará, esto es, lo mismo que siempre tuvo que hacer con el antiguo Israel: castigar. “Yo reprendo y castigo a todos los que amo” (Ap 3: 19). En realidad, ya ha castigado en parte, pero lo más doloroso aún queda por hacer. Castigó a la Iglesia Adventista cuando fue la apostasía alfa, el panteísmo, destruyendo con fuego las dos grandes instituciones cuyos líderes eran los mayores culpables de aceptar las mentirosas doctrinas de J. H. Kellog: el Sanatorio de B. Creek, y la casa editora “Review and Herald”. Tras eso, la iglesia reaccionó positivamente, el panteísmo fue sofocado, y el poder del Dr. Kellog cayó bruscamente. Se cumplió lo dicho por el profeta: “porque luego que hay juicios tuyos en la tierra, los moradores del mundo aprenden justicia” (Isaias 26: 9).

Pero la iglesia pronto olvidó la lección, no se produjo el debido reavivamiento y la tibieza y la apostasía volvieron a reinar en ella. Entonces el Señor castigó a su pueblo entregándolo en las manos de Babilonia, al igual que en los días del antiguo Israel. Sí, la moderna IASD está cautiva en Babilonia, entregada y dominada por completo por el Vaticano y el movimiento ecuménico mundial, dirigido desde Roma. Las evidencias a este respecto son abrumadoras, y no queremos dedicarles espacio aquí. Pero el problema se agrava por el hecho de que casi todos los modernos israelitas no están para nada molestos con la cautividad de la iglesia, antes bien parecen muy satisfechos con eso. Están cautivos y felices con Roma, no desean ser verdaderos adventistas, y siguen diciendo con su actitud: “No queremos que éste (Jesús) reine sobre nosotros”, “estamos contentos con ser gobernados por los católicos”. Por lo tanto, como el castigo no ha sido suficiente, ya que no consiguió el efecto deseado, de llevar a los adventistas al arrepentimiento, el reavivamiento y la reforma,

entonces debe venir otro castigo mayor, algo que duela más, que dé el resultado que Dios busca, y lo obtendrá. Gracias a Dios por su amante perseverancia. Recordemos la palabra del Señor:

33 Vivo yo, dice Jehová el Señor, que con mano fuerte y brazo extendido, y enojo derramado, ***he de reinar sobre vosotros***;

34 y os sacaré de entre los pueblos, y os reuniré de las tierras en que estáis esparcidos, con mano fuerte y brazo extendido, y enojo derramado; Ezequiel 20: 33, 34.

“Dios ha mostrado que él dio a los suyos un cáliz de amargura que beber, para limpiarlos y purificarlos. Es un trago muy acerbo, pero ellos pueden amargarlo todavía más con sus murmuraciones, quejas y lamentos. Quienes no lo reciban habrán de beber otro trago, porque el primero no hizo en su carácter el efecto asignado. Y si el segundo tampoco les aprovecha, habrán de ir bebiendo otro y otro, hasta que cumpla su efecto, o serán dejados sucios e impuros de corazón. Vi que el amargo cáliz puede dulcificarse con la paciencia, la resignación y la oración, y que producirá en el corazón de quienes así lo reciban el efecto que le fue asignado, con lo cuál Dios quedará honrado y glorificado. No es cosa menuda ser cristiano, aprobado y poseído por Dios”. Primeros Escritos, p. 47.

En los siguientes textos inspirados podemos ver claramente que han sido profetizados juicios a manera de castigos del Señor para despertar a su pueblo, de la misma manera que lo hizo siempre en el pasado con el antiguo Israel:

“Nadie se salva porque haya tenido gran luz y ventajas especiales, porque estos grandes privilegios celestiales sólo aumentan su responsabilidad.

“Cuanto más aumenta la luz que Dios ha dado, más responsabilidad tendrá quien la recibe. Ella no lo coloca al receptor en una posición más aventajada, a menos que los privilegios sean sabiamente incrementados, apreciados y usados para poner de manifiesto la gloria de Dios. Cristo dijo, “¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y Sidón se hubieran hecho los milagros que fueron hechos en vosotras, hace tiempo que se hubieran arrepentido en saco y en cilicio” (Mateo 11:21).

“Jerusalén se apartó de Dios por causa de sus pecados. Ella cayó de una posición exaltada, que Tiro y Sidón nunca habían alcanzado. Y cuando un ángel cae, se vuelve un espíritu maligno. La profundidad de nuestra ruina se mide por la luz exaltada que Dios, por medio de su gran bondad y misericordia inefable, nos ha dado. ¡Oh, qué privilegios se nos conceden! ***Y si Dios no perdonó a su pueblo a quien amaba, porque se negó a avanzar en la luz, ¿cómo puede perdonar a un pueblo a quien él ha bendecido con la luz del cielo, al presentarles la verdad más exaltada que jamás se haya confiado a los mortales?***

“Distamos mucho de ser el pueblo que Dios desearía que fuésemos, porque no elevamos el alma ni refinamos el carácter en armonía con las maravillosas revelaciones de la verdad de Dios y con sus propósitos.” Carta 55, el 8 de diciembre de 1886. Eventos finales, cap. 12 “La lucha final”.

“Corremos el peligro de llegar a ser una hermana de la caída Babilonia, y permitir que nuestras iglesias se corrompan, se llenen de todo espíritu inmundo y alberguen a toda ave inmunda y aborrecible. Le digo la verdad Pastor Butler: a menos que haya una limpieza del templo del alma por parte de aquellos que dicen creer y predicar la verdad, **vendrán los juicios de Dios que por mucho tiempo han sido postergados**”. Carta 51, 6 de septiembre de 1886 Eventos finales, cap. 8.

“El capítulo 24 de Ezequiel registra el castigo que sufrirán todos los que rechacen la palabra del Señor...

"Pues así dice el Señor, el Eterno: '¡Ay de la ciudad sanguinaria, de la olla herrumbrada cuya herrumbre no ha sido quitada! Vacíala pieza por pieza, sin echar suerte sobre ella. Porque su sangre está en ella, sobre una piedra lisa la vertió, no la derramó en tierra para que fuese cubierta con polvo...'"

"Por tanto, así dice el Señor, el Eterno: '¡Ay de la ciudad sanguinaria! Yo también haré gran hoguera. Apila la leña, enciende el fuego, cuece bien la carne, mezcla las especias, deja que los huesos se quemen. Pero se frustró todo esfuerzo. Ni con el fuego salió la herrumbre. En tu perversa suciedad padecerás. Porque procuré limpiarte, pero no quedaste limpia de tu suciedad. Nunca más te limpiarás, hasta que yo haya desahogado mi ira sobre ti. Yo, el Eterno, hablé. Vendré, y lo haré. No me volveré atrás, ni tendré lástima, ni desistiré. Según tus caminos y tus obras te juzgarán', dice el Señor, el Eterno. Recibí Palabra del Señor, que dijo: 'Hijo de Adán, de golpe voy a quitar el deleite de tus ojos. No endeches, ni llores, ni corran tus lágrimas. Reprime tus suspiros, no hagas duelo. Ata el turbante, pon tus sandalias en tus pies. No te cubras con rebozo, ni comas pan de luto'. Hablé al pueblo por la mañana, y a la tarde murió mi esposa. A la mañana siguiente hice como fue mandado. Entonces me preguntaron: '¿No nos explicarás qué significan para nosotros estas cosas que haces?' Les respondí: 'Palabra del Eterno, que me dijo: Di a la casa de Israel: Así dice el Señor Dios: Yo profano mi Santuario, el orgullo de vuestra fortaleza, el deleite de vuestros ojos, el objeto de vuestro afecto. Y vuestros hijos e hijas que dejasteis, caerán a espada. Y haréis como yo hice. No os cubriréis con rebozo, ni comeréis pan de luto. Vuestros turbantes estarán sobre vuestra cabeza, y vuestras sandalias en vuestros pies. No endecharéis ni lloraréis, sino que os consumiréis a causa de vuestras maldades, y gemiréis unos con otros. Ezequiel, pues, os será por señal. Según lo que él hizo, haréis. Cuando esto suceda sabréis que Yo Soy el Señor, el Eterno'" (Ezequiel 24:6-7, 9-10, 12-24).

“Se me ha instruido a citar estos versículos ante quienes han tenido gran luz y evidencias, pero que han andado contrariamente a la luz dada por Dios. El Señor hará que el castigo de aquellos que no han aceptado sus amonestaciones y advertencias, sea tan grande como lo ha sido el mal. Los propósitos de aquellos que han tratado de cubrir su mal, mientras en secreto se oponían a los propósitos de Dios, serán totalmente revelados. La verdad será vindicada. Dios pondrá de manifiesto que él es Dios”.

“Un espíritu de maldad está obrando en la iglesia y constantemente se esfuerza por anular la ley de Dios”. Manuscrito 125, 4 de julio de 1907

“La crisis se está acercando rápidamente. Las cifras que suben velozmente demuestran que está por llegar el tiempo de la visitación de Dios. Aunque le repugna castigar, castigará sin embargo, y lo hará prestamente. Los que andan en la luz verán señales de un peligro inminente; pero no han de permanecer sentados en tranquila y despreocupada espera de la ruina, consolándose con la creencia de que Dios protegerá a su pueblo en el día de la visitación. Lejos de ello. Deben comprender que es su deber trabajar diligentemente para salvar a otros, esperando en Dios con fe vigorosa para obtener ayuda. "La oración del justo, obrando eficazmente puede mucho." (Sant. 5: 16.) 2 JT p. 64.

LA RESPUESTA FINAL Y PRÁCTICA DEL SEÑOR A LAS MENTIRAS DE SATANÁS: LA FIDELIDAD DE LOS 144.000.

Qué hará exactamente el Señor, cómo castigará a su pueblo, no lo sabemos, pero podemos esperar confiados en que será un zarandeo que cumplirá el propósito santo del Señor, de obtener un pueblo fiel para sí, un pueblo que lo represente dignamente ante el mundo. La Palabra de Dios es muy clara al respecto: purificará a su pueblo mediante castigos.

11 Y castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad; y haré que cese la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los fuertes.

12 Haré más precioso que el oro fino al varón, y más que el oro de Ofir al hombre.

Isaías 13: 11, 12.

1 He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos.

2 ¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores.

3 Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia. Malaquías 3: 1 – 3

“Se me mostraron los habitantes de la tierra sumidos en la mayor confusión. Guerra, derramamiento de sangre, privación, necesidad, hambre y pestilencia abundaban en la tierra. A medida que estas cosas rodeaban a los hijos de Dios, éstos comenzaron a unirse y a eliminar sus pequeñas dificultades. Ya no actuaban dominados por su sentido de su dignidad personal, sino que una profunda humildad tomo su lugar de ésta. El sufrimiento, la perplejidad, y la escasez hicieron que la razón retomara su trono, y que el hombre apasionado e irrazonable se volviese cuerdo y actuase con dirección y sabiduría”. Maranata, p. 257, 1T 268.

Y entonces ese pueblo estará en condiciones de recibir la lluvia tardía y formar el grupo maravilloso de los 144.000 (no discutiremos si son literales o simbólicos, lo que importa es que son **reales**), el grupo que pasará con éxito la mayor prueba a la que jamás fueron sometidos los mortales: vivir sin intercesor ante la vista de un Dios santo, sin cometer ningún pecado. Así quedará claro que **es posible** para el ser humano la perfección en la carne, que es posible vivir absolutamente sin pecado, y que siempre fue posible; por lo tanto todas las generaciones anteriores que no se arrepintieron de sus pecados quedan condenadas, porque quedan sin excusa por su desobediencia a los mandamientos de Dios. El derecho de Dios de exigir la obediencia absoluta del hombre quedará plenamente justificado, y todos los desobedientes de todas las épocas, justamente condenados.

“Cuando termine el mensaje del tercer ángel la misericordia divina no intercederá más por los habitantes culpables de la tierra. El pueblo de Dios habrá cumplido su obra; habrá recibido "la lluvia tardía," el "refrigerio de la presencia del Señor," y estará preparado para la hora de prueba que le espera. . . . Entonces Jesús dejará de interceder en el santuario celestial. Levantará sus manos y con gran voz dirá "Hecho es," y todas las huestes de los ángeles depositarán sus coronas mientras él anuncia en tono solemne: "¡El que es injusto, sea injusto aún; y el que es sucio, sea sucio aún; y el que es justo, sea justo aún; y el que es santo, sea aún santo!" (Apocalipsis 22: 11, V.M.) Cada caso ha sido fallado para vida o para muerte. Cristo ha hecho propiciación por su pueblo y borrado sus pecados. El número de sus súbditos está completo; "el reino, y el señorío y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo" van a ser dados a los herederos de la salvación y Jesús va a reinar como Rey de reyes y Señor de señores”. CS, p. 672.

“Cuando él abandone el santuario, las tinieblas envolverán a los habitantes de la tierra. Durante ese tiempo terrible, los justos deben vivir sin intercesor, a la vista del santo Dios.” CS, 671, 672.

“El pueblo de Dios se verá entonces sumido en las escenas de aflicción y angustia descritas por el profeta y llamadas el tiempo de la apretura de Jacob: "Porque así ha dicho Jehová: Hemos oído voz de temblor: espanto, y no paz..., Hanse tornado pálidos todos los rostros. ¡Ah, cuán grande es aquel día! tanto, que no hay otro semejante a él: tiempo de angustia para Jacob; mas de ella será librado." (Jeremías 30: 5-7.) CS, 673, 674.

Los 144.000 serán más que vencedores por medio de Aquel que nos amó. Finalmente los vemos ocupando una posición de privilegio en el cielo:

“Con el Cordero en el monte de Sión, "teniendo las arpas de Dios," están en pie los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los hombres; . . . Cantan "un cántico nuevo" delante del trono, un cántico que nadie podía aprender sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil. Es el cántico de Moisés y del Cordero, un canto de liberación. Ninguno sino los ciento cuarenta y cuatro mil pueden aprender aquel cántico, pues es el cántico de su experiencia -una experiencia que ninguna otra compañía ha conocido jamás. Son "éstos, los que siguen al Cordero por donde quiera que fuere." Habiendo sido trasladados de la tierra, de

entre los vivos, son contados por "primicias para Dios y para el Cordero." (Apocalipsis 15: 2, 3; 14: 1-5.) "Estos son los que han venido de grande tribulación;" han pasado por el tiempo de angustia cual nunca ha sido desde que ha habido nación; han sentido la angustia del tiempo de la aflicción de Jacob; han estado sin intercesor durante el derramamiento final de los juicios de Dios. Pero han sido librados, pues "han lavado sus ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero." "En sus bocas no ha sido hallado engaño; están sin mácula" delante de Dios. "Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono tenderá su pabellón sobre ellos." (Apocalipsis 7: 14, 15.) Han visto la tierra assolada con hambre y pestilencia, al sol que tenía el poder de quemar a los hombres con un intenso calor, y ellos mismos han soportado padecimientos, hambre y sed. Pero "no tendrán más hambre, ni sed, y el sol no caerá sobre ellos, ni otro ningún calor. Porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes vivas de aguas: y Dios limpiará toda lágrima de los ojos de ellos." (Apocalipsis 7: 14-17.) CS, 706, 707.

Mi oración por el pueblo adventista es que podamos prepararnos hoy para ese día que está muy próximo, y que pocos, muy pocos adventistas pasarán con éxito. Si ya en 1893 había entre los adventistas menos de uno en veinte que fueran consagrados a Dios, ¿cuántos habrá hoy, que estamos en los días de la gran apostasía omega?

“Es una solemne declaración la que hago a la iglesia, de que ni uno de cada veinte de aquellos cuyos están registrados en los libros de la iglesia se halla preparado para terminar su historia terrenal, y que estaría tan ciertamente sin Dios y sin esperanza en el mundo como el pecador común.-Servicio cristiano, p. 52 (1893).

“Aquellos que han tenido oportunidades de oír y recibir la verdad y que se han unido a la Iglesia Adventista del Séptimo Día, llamándose el pueblo de Dios que guarda los mandamientos, y que sin embargo no poseen más vitalidad ni consagración a Dios que las iglesias nominales, recibirán las plagas de Dios tan ciertamente como las iglesias que se oponen a la ley divina.-19MR 176 (1898). Eventos de los últimos días, p. 176.

“Únicamente los que tengan manos limpias y corazones puros subsistirán en aquel tiempo de prueba. . . Ahora, mientras los cuatro ángeles están reteniendo los cuatro vientos, es el momento en que debemos asegurar nuestra vocación y elección”. PE, 57, 58.

Que el Señor te bendiga. A. R.T.